

Labranza arcaica

Labranza arcaica

RADUAN NASSAR

TRADUCCIÓN DE JUAN PABLO VILLALOBOS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Lavoura arcaica

Copyright © RADUAN NASSAR 1975
First published in Brazil by COMPANHIA DAS LETRAS, São Paulo

Primera edición: 2018

Traducción
© JUAN PABLO VILLALOBOS

Imagen de portada
Sem título (n.º 294), 1961, 70 x 70 cm., Pintura / Óleo sobre tela
© INSTITUTO MANABU MABE

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-61-0
Depósito legal: M-2210-2018

Impreso en España



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional
Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil / Fundación Biblioteca Nacional

ÍNDICE

LA PARTIDA	9
I	11
II	13
III	15
IV	17
V	19
VI	27
VII	29
VIII	37
IX	39
X	47
XI	49
XII	55
XIII	57
XIV	63
XV	65
XVI	67
XVII	69
XVIII	73
XIX	77
XX	79
XXI	97

EL RETORNO	99
XXII	101
XXIII	103
XXIV	107
XXV	109
XXVI	119
XXVII	121
XXVIII	127
XXIX	129
XXX	137

LA PARTIDA

«¿Qué culpa tenemos nosotros de esta planta de la infancia,
de su seducción, de su vigor y constancia?».

JORGE DE LIMA

I

Los ojos en el techo, la desnudez en el cuarto; rosado, azul o violáceo, el cuarto es inviolable, el cuarto es individual, es un mundo, un cuarto catedral donde, en los intervalos de angustia, se cosecha, de un áspero tallo, en la palma de la mano, la rosa blanca de la desesperación, porque entre los objetos que el cuarto consagra están primero los objetos del cuerpo; yo estaba tumbado en el suelo de mi cuarto, en una vieja pensión de provincias, cuando mi hermano llegó para llevarme de vuelta; mi mano, poco antes dinámica y con dura disciplina, recorría lentamente la piel mojada de mi cuerpo; las puntas de mis dedos tocaban llenas de veneno el vello incipiente de mi pecho aún caliente; mi cabeza giraba aturdida mientras mi pelo se desplazaba en gruesas ondas sobre la curva húmeda de la frente; recosté una de las mejillas contra el suelo, pero mis ojos casi no aprehendieron nada, apenas perdieron la inmovilidad ante el vuelo fugaz de las pestañas; el ruido de los golpes en la puerta llegaba suave, se arribaba despojado de sentido, el copo de paina se insinuaba entre las curvas sinuosas de la oreja donde por momentos se adormecía; el ruido, repitiéndose, siempre suave y manso, no perturbaba mi dulce embriaguez, ni mi somnolencia, ni el disperso y difuso torbellino sin respuesta; luego mis ojos vieron el picaporte que giraba, pero su movimiento se olvidaba en la retina como un objeto sin vida, un sonido sin vibración o un soplo oscuro en el sótano de la memoria; de pronto los golpes pusieron en sobresalto y desesperación las cosas letárgicas de mi cuarto; con un salto leve y silencioso me puse de pie, agachándome para recoger la toalla extendida en el suelo; apreté los ojos mientras me secaba la mano, sacudí enseguida la cabeza para sacudir mis ojos, tomé

la camisa tirada en la silla, escondí en el pantalón mi sexo morado y oscuro, luego di unos pasos, abrí una de las hojas, reculando detrás de ella: mi hermano mayor estaba en la puerta; al entrar quedamos cara a cara, nuestros ojos quietos, un espacio de tierra seca nos separaba, había susto y asombro en ese polvo, pero no era una sorpresa, ni siquiera sé lo que era, y no nos decíamos nada, hasta que él extendió los brazos y cerró en silencio las manos fuertes en mis hombros y nos miramos y en un instante preciso nuestras memorias asaltaron nuestros ojos atropelladamente, y vi de pronto humedecerse sus ojos, y fue entonces cuando me abrazó, y sentí en sus brazos el peso de los brazos empapados de la familia entera; nos miramos de nuevo y yo dije: «No te esperaba», eso dije, confuso por la torpeza de lo que decía y lleno de recelo de que se me escapara algo en cualquier cosa que dijera; aun así, repetí: «No te esperaba», fue eso lo que dije otra vez, y sentí la fuerza poderosa de la familia abatiéndose sobre mí como un aguacero pesado mientras él decía: «Te queremos mucho, te queremos mucho», y eso era todo lo que decía mientras me abrazaba una vez más; todavía confuso, aturdido, le indiqué la silla del rincón, pero él ni siquiera se movió y, sacando el pañuelo del bolsillo, dijo: «Abotónate la camisa, André».

II

En la modorra de las tardes ociosas en la hacienda, yo me escapaba de los ojos aprehensivos de la familia a un lugar apartado en el bosque; amainaba la fiebre de mis pies en la tierra húmeda, cubría mi cuerpo de hojas y, echado a la sombra, dormía en la postura quieta de una planta enferma doblada por el peso de un capullo rojo; ¿no eran duendes todos aquellos troncos a mi alrededor, velando en silencio y llenos de paciencia mi sueño adolescente?, ¿qué urnas tan antiguas eran ésas, que liberaban las voces protectoras que me llamaban desde la terraza?, ¿de qué servían esos gritos, si mensajeros más veloces, más activos, cabalgaban mejor el viento corrompiendo los hilos de la atmósfera? (mi sueño, al madurar, sería cosechado con la voluptuosidad religiosa con la que se cosecha un fruto).

III

Y recordé que en sus sermones mi padre siempre nos decía que los ojos son el candil del cuerpo, y que si eran buenos era porque el cuerpo tenía luz, y si los ojos no eran limpios era porque revelaban un cuerpo tenebroso, y yo ahí, delante de mi hermano, respirando un exaltado olor a vino, sabía que mis ojos eran dos carozos repulsivos, pero no le di importancia, yo estaba confuso, y hasta perdido, y me vi de pronto haciendo cosas, moviendo las manos, recorriendo el cuarto, como si mi embarazo proviniera del desorden que me rodeaba; ordené las cosas encima de la mesa, pasé un trapo por la superficie, vacié el cenicero en el cesto, alisé las sábanas de la cama, doblé la toalla en la cabecera, y ya había vuelto a la mesa para llenar dos vasos cuando me descuidé y casi pregunté por Ana, pero fue sólo un súbito ímpetu atropellado, debería preguntarle cómo pudo llegar a mi pensión, descubrirme en el case-río antiguo, o incluso, de manera ingenua, intentar conocer el motivo de su llegada, pero ni siquiera estaba pensando en esas cosas, porque estaba oscuro por dentro, no conseguía salir de la carne de mis sentimientos, y ahí junto a la mesa estaba seguro de una sola cosa, de tener los ojos exasperados sobre el vino que vertía en los vasos; «Los postigos», dijo él, «¿por qué están cerrados los postigos?», dijo desde la silla del rincón donde estaba sentando, y no lo pensé dos veces y corrí a abrir la ventana y afuera había un atardecer tierno y casi frío, hecho de un sol fibroso y anaranjado que tiñó ampliamente el pozo de penumbra de mi cuarto, y yo aún encajaba las hojas de los postigos en los ganchos cuando, ligera, me recorrió una primera crisis, pero no le hice caso, fue pasajera, por eso sólo pensé en concluir mi labor y poco después fui, generoso y

con algún escarnio, a poner entre sus manos un soberbio vaso de vino; y mientras una brisa impertinente calentaba las cortinas de encaje grueso, que a media altura tenían los dibujos de dos ángeles trepando por las nubes y soplando tranquilos clarines con las mejillas infladas, me abandoné al borde de la cama, los ojos bajos, dos bagazos, y fueron sus ojos llenos de luz encima de mí, no tengo dudas, los que me envenenaron, y fue una onda corta y quieta que me amenazó de cerca, haciéndome que en un impulso casi lo provocara con un grito: «No te contengas, hermano mío, encuentra de una vez la voz solemne que buscas, una voz potente de reproche; pregunta sin demora qué es lo que me sucede desde siempre, haz muecas, desfigúrame deprisa la cara, rompe contra mis ojos la vieja vajilla de nuestra casa», pero me contuve, creyendo que incitarlo, además de inútil, sería una tontería, y, sin darme cuenta, me quedé pensando en sus ojos, en los ojos de mi madre en las horas más silenciosas de la tarde, tras los que se ocultaban el cariño y las aprehensiones de una familia entera, y recordé cuando se abría en vago instante la puerta de mi cuarto, resurgiendo una figura maternal y casi afligida, «No te quedes así en la cama, corazón, habla conmigo, no hagas sufrir a tu madre», y sorprendido, y asustado, sentí que en cualquier momento podría también estallar en llanto, y se me ocurrió que sería bueno aprovechar un resto de embriaguez que no se había dejado espantar con su llegada para confesar, quizá de manera piadosa: «Es mi delirio, Pedro, es mi delirio, si quieres saberlo», pero eso sólo me pasó por la cabeza de modo confuso, lo que me hizo empinar el vaso en dos tragos rápidos, y yo, que creía inútil decir cualquier cosa, tuve que oír (él cumplía la sublime misión de devolver al hijo descarriado al seno de la familia) la voz de mi hermano, calma y serena como convenía; era una oración lo que decía, cuando empezó a hablar (era mi padre) de la cal y de las piedras de nuestra catedral.